

CAPÍTULO 10

Entre sociología y economía: pensar el empleo y el mundo del trabajo

Julieta Longo y Anabel Beliera

Introducción

En un texto de 1982, el sociólogo Vincent Marqués nos propone que nos imaginemos el día cotidiano de un trabajador común y corriente: el señor Timoneda. Se imagina que Timoneda se levantó temprano, tomó su auto para ir a trabajar a una fábrica, y en el horario del almuerzo vuelve a su casa a comer un arroz cocinado por su esposa. Al terminar su jornada, vuelve de nuevo a casa, después de una pequeña pelea con otro conductor por haberse distraído pensando que ya le deberían haber aumentado el sueldo. Cuando llega pregunta a sus hijos, bostezando, por la escuela, ve una serie y generalmente se queda dormido.

Parece un día bastante “normal”, como el que tienen muchas personas actualmente en Argentina. Pero obviamente, no todos. Podemos hacer el ejercicio de pensar otros días cotidianos.

Pensemos, por ejemplo, en el día de María. Ella tuvo un hijo hace poquito y se ocupa de cuidarlo: durante la noche se levanta cada tres horas a darle teta, hasta que el bebé se despierta definitivamente a las 7 de la mañana. Entonces se levantan con su pareja, desayunan y él se va a trabajar a un comercio. María aprovecha mientras el bebé duerme para barrer la casa, poner un lavarropas, alimentar a las mascotas y hacer el almuerzo. Muchas actividades se ven interrumpidas porque el bebé come, necesita que le cambien el pañal, lo hagan dormir o jueguen un rato con él. María almuerza y a la tarde sale a dar un paseo con el bebé en el cochecito y hace las compras en la verdulería. A la tarde, cuando su pareja vuelve, bañan al bebé y lo hacen dormir.

Javier, a diferencia de María, está casi todo el día afuera de su casa, más precisamente en la calle arriba de su bici. Lo que hace es muy sencillo, pero impensado hace algunos años: en su teléfono recibe los pedidos que distintos clientes hacen a restaurants y casas de comida. Sin jefes, sin horarios, disponiendo de su tiempo: eso fue lo que pensó cuando se enteró de que podía ganar plata así. Pero ahora se la pasa todo el día yendo de un lado a otro, porque si no acepta los pedidos, dejan de “caerle” a su celular otros nuevos. En los momentos en los que no recibe pedidos se sienta en una esquina, cerca de los comercios, donde hay muchxs más jóvenes que tienen uniformes, bicicletas y días muy parecidos a los suyos.

Si Javier está todo el día en la calle, Ana tiene que recordar que cada tanto le hace bien pararse y salir a dar una vuelta. Ella se levanta todos los días a la hora que tiene ganas, que es lo que siempre soñó. Cuando se levanta lo primero que hace es prender la computadora y mirar sus mails, sabe que no es lo mejor, dicen que a la mañana hay que hacer lo más creativo, que la cabeza está “más despierta”. Pero le gusta así. La semana pasada se hizo un cronograma para organizarse, si el lunes y martes hace los bocetos, el martes a última hora puede hacer la primera entrega y tiene tiempo de hacer las correcciones y entregar el final, ya maquetado, el viernes. El miércoles es un día con el que no cuenta, da los talleres, ocho horas de clase que disfruta, pero la dejan agotada.

Estas cuatro personas tienen días, responsabilidades y cronogramas muy distintos, sin embargo, ¿hay algo en común en estas cuatro historias?

Hubo un momento en el que la idea del trabajo no existía

Muy probablemente en las primeras cuatro historias encontramos que las actividades que realizan las personas son distintas pero que hay algo similar en ellas o, al menos, que la forma de estructurar su vida tiene algo en común. Todas ellas, hacen cosas para otros, y esas actividades son productivas: suponemos que Timoneda va a la fábrica donde producirán algún tipo de bienes, que María cría a su bebé, que Javier permite que las personas reciban en su hogar las cosas que necesitan, que Ana hace algo en su computadora que luego se transformará en un afiche, libro o folleto.

Pero si hoy eso nos parece obvio, hubo un momento donde a nadie se le hubiera ocurrido que había algo en común entre ir a una fábrica, cuidar bebés, subirse a una bicicleta para repartir pedidos y diseñar en la computadora. Simplemente eran actividades distintas. Tan distintas como responder las preguntas de un examen y bucear en las profundidades del mar. No tenían nada en común.

Sí, tienen razón, en ese momento tampoco existían las fábricas, ni las computadoras y las bicicletas recién estaban por ser inventadas. Pero en ese momento a nadie se le ocurría tampoco que cuidar bebés tenía algo parecido a cosechar trigo en el campo, y tampoco se diferenciaban las actividades productivas del tiempo libre.

Dominique Medá (2007), se dedicó a estudiar desde cuándo empezamos a pensar que un montón de actividades muy heterogéneas, podían llamarse “trabajo”. Y se dio cuenta de que en realidad el trabajo, de la manera en que entendemos esta palabra en la actualidad, es muy nuevo.

Ella nos cuenta que antes del siglo XVIII algunas sociedades tenían una concepción muy extensiva del trabajo, mientras que otras designaban con esta palabra solamente a las actividades no productivas (es decir, la palabra trabajo sólo se usaba para nombrar a las actividades en las que no se producía nada). En ese momento, la mayoría de las personas que hacían actividades parecidas a las que hoy pensamos cuando decimos *trabajo* eran quienes no tenían

más remedio que sobrevivir a una vida llena de penas y sufrimientos: como por ejemplo los esclavos o los siervos.

Las actividades productivas y manuales no sólo eran consideradas degradantes, sino que en algunas sociedades (por ejemplo, en Grecia) quienes las realizaban no podían tener acceso a los derechos políticos que tenían los ciudadanos. Simplemente porque esas actividades no les dejaban tiempo para hacer las que eran consideradas propiamente humanas: pensar y discutir, actividades que o estaban vinculadas al trabajo (según los Griegos) sino al ocio (Hopenhayn, 2002).

La idea de trabajo que tenemos hoy, se inventó casi junto con la bicicleta, en el siglo XVIII. Hasta ese momento si uno nacía en una clase social, sabía que iba a morir en ese mismo lugar. Los campesinos serían siempre campesinos y los nobles, nobles. Así de fácil. En todo caso, para los pobres, la vida mejoraría después de la muerte en el reino de los cielos.

Pero hubo algo que surgió en el siglo XVIII que cambió todo. Sí, el capitalismo. Y con este nuevo sistema económico se revolucionó la idea del trabajo: no era más Dios el que decidía nuestros destinos, sino los hombres los que podían crearlo⁴⁵ ¿Cómo? A través del trabajo.

El trabajo dejó de ser lo peor que podíamos hacer y pasó a ser la actividad a través de la cual podíamos hacernos más ricos y también la actividad que nos permitiría cambiar el mundo. Fue Max Weber (2003) quién descubrió que esta idea positiva del trabajo viene en realidad, y aunque no lo crean, de la religión. Los protestantes decían que Dios no hablaba directamente con las personas pero que nos daba señales: la única manera de saber si después de la muerte iríamos al reino de los cielos era si trabajábamos incansablemente y nos iba muy bien. O sea que el éxito era sinónimo de salvación.

Y esta idea cambió tanto la forma de pensar de las personas que una de las críticas más fuertes de los burgueses hacia los nobles, fue decirles que eran una “clase inútil” porque no trabajaban.

Cuando el trabajo se convirtió en el “Dios sol”

Sin embargo, si bien con el capitalismo surgió una concepción del trabajo positiva, esta idea no se correspondía mucho con la realidad, al menos en las primeras décadas después de la revolución industrial.

Durante el siglo XIX las familias de trabajadores vivían en la miseria, trabajaban de sol a sol, no tenían ningún derecho y aunque la burguesía decía que con esfuerzo los pobres podrían transformarse en ricos, la verdad es que, al igual que en otras sociedades, lxs trabajadores morían trabajadores y pobres, y los ricos morían ricos. Lxs trabajadores no votaban, no podían organizarse colectivamente, ganaban lo mínimo para sobrevivir, y como el salario no alcanzaba trabajaban los varones, las mujeres y también sus hijas e hijos.

⁴⁵ Ponemos “hombres” porque en ese momento las mujeres aún no eran consideradas personas que podía decidir sobre sus destinos.

Fue en ese momento que Karl Marx vino a decirles que el capitalismo era un sistema que no funcionaba y agudizaba la desigualdad. Quienes realmente trabajaban, la clase obrera, debían revolucionar el capitalismo y generar un sistema nuevo, sin clases y sin desigualdad, donde el trabajo se distribuya entre todas las personas y no exista más una clase que trabaje para la otra

Pero a principios del siglo XX, después de muchas huelgas y luchas de lxs trabajadores, las cosas empezaron a cambiar. Entre 1900 y 1960 los trabajadores lograron muchísimos derechos que hoy nos parecen obvios y creemos que son los que deberían tener todxs en el trabajo: vacaciones pagas, licencia por si nos enfermamos o si somos madres o padres, jornadas reguladas (8 horas), seguro por si nos accidentamos trabajando, jubilación, obra social, herramientas adecuadas para trabajar (Castel, 1995). También los salarios aumentaron: dejaron de ser sólo suficientes para subsistir y con el salario obrero comenzó a ser posible acceder a electrodomésticos, autos e incluso a casas.

En este momento en Argentina, por ejemplo, se hizo conocida la frase “el trabajo dignifica”, porque se consideraba que quienes trabajaban aportaban lo que debían con su esfuerzo a la sociedad. Así el trabajo dejó de ser algo asociado al sufrimiento y se lo pensó como un esfuerzo que daba dignidad y del cual quienes trabajaban debían sentirse orgullosos. En esta época también fue cuando los hijos e hijas de los trabajadores empezaron a ingresar a los institutos terciarios y a la universidad para estudiar y así lograr mejores trabajos que sus padres y sus madres.

La forma que adquirió el trabajo en esta época dio lugar a la diferenciación entre el *empleo* y el *trabajo*. Si bien, en la vida cotidiana las dos palabras se usan muchas veces como sinónimos, en realidad lxs sociologxs las usamos con sentidos distintos y muy específicos: todas las personas que transforman de alguna manera la naturaleza “trabajan”, pero sólo quienes tienen una remuneración por esa actividad, y también derechos tienen un “empleo”. Por ende, si bien todos los empleos son trabajos, no todos los trabajos son empleos. Sí, parece un trabalenguas, pero con un ejemplo fácil se va a aclarar. Pensemos en el ejemplo de María que habíamos citado al comienzo: ella se dedica a criar a su bebé y hacer diversas actividades en su hogar. Con lo que dijimos hasta ahora, podríamos afirmar que sus actividades son un trabajo, aunque no un empleo porque no recibe un salario a cambio de estas actividades. Y fue en la época que abordamos en este apartado que los empleos se generalizaron más y más, tanto, que algunos autores llaman a este momento la “sociedad salarial”, porque la mayoría de las personas tenía acceso a un empleo asalariado, que le garantizaba estabilidad y derechos.

Pero, la realidad es que muchxs trabajadores (sobre todo los jóvenes y las mujeres) tenían empleos precarios, sin derechos y con salarios bajos. E incluso en las familias más pobres los niños y las niñas seguían trabajando.

Pero, si bien no habían cambiado las condiciones de trabajo para todxs, se consideraba que estas situaciones debían ser solucionadas. Desde el Estado se señalaba que el trabajo protegido era el que todxs *deberían* tener y, además, el trabajo también se transformó en un espacio

central donde lxs trabajadores se vincularon con otrxs, formaron agrupaciones y discutieron de política con el objetivo de mejorar sus condiciones laborales.

¿Y si las máquinas reemplazan a los humanos?



Mafalda, Quino

Quizás ahora estén pensando: sí, muy linda esta idea de “buen trabajo”, pero no se parece tanto al trabajo de mucha de la gente que conocemos. Las cosas fueron cambiando, y las sociedades de hoy incluyen nuevas formas de trabajo que no se ajustan al ideal que podía implicar el trabajo formal, con derechos, en una fábrica industrial del siglo XX.

Los cambios en el capitalismo a nivel global de los últimos años llevaron a que muchos se pregunten sobre cómo sería el trabajo en el futuro. ¿Llegará el momento en que las máquinas reemplacen a los trabajadores? ¿Habrá una sociedad sin trabajo?

¡Imaginensé! Si nosotrxs, que somos personas comunes y corrientes, hoy mismo podemos resolver muchísimas cosas por internet, no es tan loco imaginarse que eso va ir en aumento. Antes teníamos que ir si o si al supermercado a hacer las compras, al quiosco a buscar un chocolate, a comprar un CD para escuchar música, a usar el correo para mandar una carta. Todas esas cosas podemos resolverlas en un segundo usando nuestros celulares con internet. Podemos pensar entonces que en el futuro -capaz no tan lejano- todo o casi todo lo vamos a poder resolver usando la tecnología. Pero ¿y lxs trabajadores?, ¿qué va a pasar, por ejemplo, con lxs trabajadores del supermercado, del quiosco, del correo?, ¿Pueden ser completamente reemplazados?, ¿van a perder su empleo?, ¿hasta dónde puede llegar la robótica, la automatización y la inteligencia artificial?, ¿llegará el día que no necesitemos trabajar para sobrevivir y todxs nos podamos dedicar a descansar y tener hobbies?

Lamentamos decepcionarlos, pero la verdad es que no es muy probable que algún día lleguemos a un mundo sin trabajo o sin trabajadores. Primero, porque si bien es evidente que toda nueva tecnología tiende a eliminar las tareas existentes y, por ende, a reducir el número de puestos de trabajo, también crea nuevas tareas y nuevos empleos (Figuroa, 2019). Por

esto, algunos expertos sostienen que la relación entre la automatización y la pérdida de empleos no es lineal.

Segundo, solemos pensar que la automatización sustituye, sin más, el trabajo humano, pero eso no es así. Desde la década de 1960, hemos visto un aumento de la automatización en el trabajo, pero parece claro que los mejores resultados se obtienen cuando las máquinas ayudan a fortalecer el trabajo humano y no cuando lo reemplazan por completo (Figueroa, 2019).

Tercero, y no menos importante, porque, aunque desde los países “dominantes” puede ser que a alguno se le ocurra que pueda llegar un futuro tecnológico sin trabajadores, la verdad es que esa fantasía se vuelve más difícil si nos paramos desde nuestros países de América Latina. Ricardo Antunes (1999), un sociólogo brasileño que pensó mucho estos temas, dice que las transformaciones del capitalismo a nivel global implican un proceso contradictorio: es verdad que por un lado se reduce el sector de trabajadores industriales y fabriles, pero por otro lado aumenta el trabajo precario, los asalariados del sector de servicios, se incorpora al sector femenino con peores condiciones laborales, y se excluye a los más jóvenes y a los más viejos.

En los países dependientes, muchas empresas transnacionales se instalaron durante los años 90', teniendo en cuenta las ventajas que ofrecían los distintos gobiernos neoliberales locales. Como dice Osvaldo Battistini (2008), estas empresas no requerirían grandes inversiones tecnológicas porque los insumos principales podían importarse, los sindicatos estaban debilitados y sus dirigentes sufrían un fuerte desprestigio, la desocupación y la pobreza habían hecho estragos en los sectores populares. Todo esto permitía contar con mano de obra eficiente a bajo costos. La mano de obra se ofrecía generosa y disciplinadamente ante la posibilidad de encontrar un empleo. La polarización y fragmentación fue moldeando los contornos de sociedades cada vez más excluyentes, estructuradas sobre la base de la cristalización de las desigualdades tanto económicas como sociales y culturales -como describe Svampa (2005) que pasó en nuestro país-.

A decir verdad, también en los países “dominantes” es posible ver este fenómeno, visible en la diferencia entre las grandes empresas transnacionales y las pequeñas y medianas empresas, donde trabaja la mayor parte de la gente y usan escasos avances tecnológicos (Víctor Figueroa, 2019).

O sea que reducir el trabajo industrial fabril no implica necesariamente que vayamos hacia un mundo tecnológico donde los trabajadores vayan a ser reemplazados por las máquinas. La realidad nos muestra que lo que se da es un proceso de *mayor heterogeneización, fragmentación y complejización de la clase trabajadora*.

Si miramos las cuatro historias del comienzo podemos ver que, aunque todos trabajen, los trabajos cada vez son más distintos, y también es cada vez más difícil saber para quiénes trabajamos, quiénes son y dónde están nuestrosxs compañerxs de trabajo y también quién debería hacerse cargo de nuestros derechos. La inestabilidad y los problemas relacionados con la ausencia de protección que preocupaban a lxs trabajadores en el siglo XIX vuelven a aparecer, pero ahora formuladas en un mundo con mucho menos hollín y con tecnología inimaginable para quienes vivían en esa época.

Por ende, hay cosas que se fueron transformando: por un lado, no es muy probable que en el futuro vaya a existir una sociedad sin trabajo; pero, por otro lado, el tipo de trabajos fue cambiando y es cada vez más difícil pensar que todos vayamos a tener un "buen trabajo", como podían fantasear nuestros padres y madres o abuelos. El mundo del trabajo se ha vuelto cada vez más heterogéneo y también más precario.

El trabajo como estructurante de la vida humana

Pero ¿por qué fantaseamos con un futuro en que no necesitemos trabajar para sobrevivir y todos nos podamos dedicar a descansar y tener hobbies? ¿Es el trabajo un aspecto de la vida humana indeseable? ¿O lo indeseable es la forma particular que adquirió el trabajo en la sociedad en la que vivimos?

Carlos Marx pensaba que el trabajo era una de las dimensiones humanas más importantes. Imaginense lo importante que era para Marx el trabajo, que consideraba que era lo que había diferenciado a la humanidad de los animales. A diferencia de otros filósofos, que decían que lo propio de los seres humanos era el pensamiento, Marx decía que lo que nos caracterizaba era poder actuar y pensar, y más precisamente hacer las dos cosas al mismo tiempo al trabajar. Lo propio de los humanos es que no sólo pueden imaginar el mundo en el que podemos vivir, sino que también lo podemos construir. Marx decía que:

Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida, paso éste que se haya condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material (Marx y Engels, 2015, p.19)

Para Marx, el trabajo es una dimensión de la vida humana que articula todas esas cosas: las personas no solo consumen cosas de la naturaleza (como hacen los animales) sino que fabrican sus propias herramientas para modificar la naturaleza, se juntan con otras personas para garantizarse de manera colectiva la supervivencia, prevén cuáles van a ser sus necesidades futuras y se organizan para poder satisfacerlas (por ejemplo, juntan comida para pasar el invierno). Y en todo este proceso, no solo modifican la naturaleza, sino que también se modifican a sí mismos: aprenden cosas nuevas, buscan maneras creativas de solucionar problemas, crean comunidades y sociedades, se crean conocimientos colectivos, se asignan roles (unos hacen esto, los otros otra cosa).

Enrique de la Garza (2005), un sociólogo mexicano, dice que el trabajo no es una actividad aislada, sino que implica cierta interacción con otros, y en esa interacción la humanidad misma se transforma a sí misma. Además, el trabajo implica cierto nivel de conciencia, de las metas, en cuanto a los resultados y la manera de lograrlos.

Por ende, el trabajo no es sólo un aspecto económico en la vida de las personas, sino que influye en diversos aspectos. Puede ser un proceso creativo, de encuentro con los otros, que genera conocimientos propios.

Todavía vivimos en sociedades en las que el trabajo continúa teniendo centralidad en la estructuración de proyectos de vida y en la forma en que pensamos nuestra identidad. Y no solo en términos personales, sino también sociales. En ese sentido, es súper importante poder entender la diferencia entre el *trabajo* (como aspecto de la vida humana), de las formas concretas que fue adquiriendo esa dimensión en cada momento de la historia de la humanidad. Si bien el trabajo siempre es una dimensión importantísima de la vida humana, como vimos en este capítulo no es lo mismo cómo se trabajaba en la Edad Media que ahora, por ejemplo. Cómo nos vinculamos con el trabajo no nos habla solamente de nosotrxs individualmente, sino también de nuestra sociedad y los tiempos en que vivimos.

Entonces, si el trabajo cambia a lo largo del tiempo, no sólo es importante saber cómo fue transformándose para conocer a nuestras sociedades, sino que también podemos imaginar otras maneras en que nos gustaría trabajar. ¿Cómo se imaginan como trabajadores?, ¿qué trabajo les gustaría hacer y cómo les gustaría hacerlo?, ¿qué dificultades piensan que encontrarán al trabajar?, ¿qué cosas imaginan que van a disfrutar?, ¿piensan que lo propio de los seres humanos sigue siendo trabajar?, ¿por qué?

Referencias

- Antunes, R. (1999). *¿Adiós al trabajo?: ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Battistini, O. (2008). Lo precario como condición de-forma, ponencia presentada en el *First ISA Forum of Sociology*. Barcelona: Taurus.
- Castel, R. (1995). *La metamorfosis de la cuestión social*. España: Paidós Estado y Sociedad.
- De la Garza Toledo, E. (2005). Introducción: Del concepto ampliado de trabajo al del sujeto laboral ampliado. En *Colección Grupos de Trabajo. Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Hopenhayn, M. (2002) *Repensar el trabajo. Historia, profusión y perspectivas de un concepto*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Marx, K., & Engels, F. (2015). *La ideología alemana*. España: Ediciones AKAL.
- Méda, D. (2007). ¿Qué sabemos sobre el trabajo? *Revista de trabajo*, 3(4), 17–32.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Weber, M. (2003): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Prometeo.